SOPHIA

REVISTA TEOSÓFICA

ORIENTALISMO ✶✶✶✶

✶✶✶✶✶✶ OCULTISMO

489

AÑO XIII.—1905.

MADRID.—ADMON.

ATOCHA, 127 DUPL.°

ÍNDICE DE 1905

		Páginas
A. M. Algazel.	*El Preservativo del error* .... 380 y	456
Ballesteros (A).	*Los pelasgos* .... 294 y	324
Besant (A.).	*La oración*	4
	Lo que es una logia de la Sociedad Teosófica	285
Blavatsky (H. P.).	*Desde las cuevas y selvas del Indostán*	24
C.	*Una experiencia del plano astral*	138
Eds.	*El congreso teosófico de Londres*	291
González-Blanco (A.).	*Sic itur ad astra*	136
González-Blanco (E.).	*Judaismo y Cristianismo* .... 364 y	413
Lob-Nor.	*La Inmaculada*	105
Maeterlinck (M.).	*Los Advertidos*	183
	El despertar del alma	425
Molinos (M).	*Guía Espiritual* .... 59, 97, 143, 213 y	243
Morlembeck (W.).	*El sendero de angustias*	443
Nietzsche (F.).	*De las tres transformaciones*	193
Novalis.	*Los discípulos en Sais*	11
Otto Schrader (F.).	*Buddha como ateo*	467
Pascal (Th.).	*El problema de la desigualdad de condiciones*	453
Peña (C.).	*Personalismo*	404
Rangacharya (P. V.).	*El curso de la indagación filosófica* .... 41 y	82
Roso de Luna (M.).	*Astronomía psíquica*	341
Sankaracharya.	*Admabhoda*	121
Siffert (E.).	*Los sentidos internos*	268
Spir (A.).	*El idealismo*	178
Tolstoi (L.).	*Cómo debe leerse el Evangelio*	228
Urbano (R.).	*Miguel de Molinos*	46
	El refranero ocultista en España	91
	La dimensión diestral	132
	¿Es un libro esotérico el Quijote?	161
	En el día del Loto Blanco	201
	Mohidín y Raimundo Lull	352
	Algazel	371
Valladares (A.).	*Antes, ahora y luego*	284
Vanderson.	*La ley natural* .... 297 y	326

Epílogos del mes.

El Imperialismo anímico en Occidente (281). La gran petición de nuestros días (282). ¿Qué es lo que urge enseñar? (321). La obra del Volksverein (323). Los miedos (361). Sobre la mística (362). Teosofía y arte (401). Fraternidad (403) El Karma de España (441) De lo oculto (442).

Por los libros y revistas.

Se ha dado cuenta en esta Sección de *Los ideales de la vida*, de W. James; *La evolución de la moral*, de J. Antich (20); *Las almas gallegas*, de A. Vicenti; *La psicología de los místicos*, de Montmorand (68); *Paleontología criminal*, de Marini; *El destino del hombre*, de J. Fiske (110); *La piedra blanca*, de A. France; *Las causas sociales del delito*, de R. Salillas (148); *La vida de D. Quijote y Sancho*, de M. Unamuno; *Las supersticiones mayas*, de Rejos (188); *Vislumbres de ocultismo*, de Leadbeater (231); *La ciencia y el problema de la vida futura*, de J. Hundry Menos (271); *Dinamismo espiritualista*, de R. Burgnete (315); *Los fragmentos de Moderato*, por A. Bonilla (391); *La Virgen María en América*, por A. Carrión; *Las religiones de Tolstoi* (431); *La esencia del cristianismo*, por Harnack; Sobre el Abate Faria (471).

Notas, Recortes y Noticias.

En esta Sección se ha dado cuenta de los siguientes asuntos: Ocultismo popular (33, 156 y 477). Sobre la vida (72. 360 y 437). Sobre el radio (116). Sobre la Alquimia moderna (156 y 438). Sobre las auras y los colores (153 y 197). La religión del Japón (197). La nueva religión rusa (234). La gravitación (394). La múltiple personalidad (278). Sobre los pactos (395). Sobre la astronomía psíquica (434).

Bibliografía.

Se ha dado cuenta de las obras de los señores: Noffding, Delboeuf, Swami Vivekananda, Baldwin, Sambet, Siva Row, Payot, Tissié. Eito, Revel, Leadbeater, Sinnett, Plana y Dorca, V. Henry, Carbonell, Vila, etc.

Establecimiento tipolitográfico de J. Palacios. Arenal, 27 y Lista, 10.—MADRID.

F. DIAZ FALP
MONTEVIDEO

ΣΟΦΙΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

AÑO XIII

Nuestra obra de propaganda y renovación espiritual sigue adelante. Ya no somos extraños en nuestro propio país, y no pocas de las enseñanzas que venimos exponiendo en nuestra obra de moral y de cultura han caído como fructífera semilla en este pueblo. Ideas, palabras y conceptos, por lo que afecta á la parte exterior; normas y anhelos por lo que se refiere á lo más íntimo de nuestro sér y de la propia conducta, vemos reproducidos y seguidos en todas partes por los elementos más sanos y elevados.

El hecho estaba previsto.

No hemos llegado á la cima, pero vamos avanzando hacia la cumbre ideal con más rapidez y menos cansancio, porque sentimos más animación y mayor entusiasmo.

En todas partes se impone la renovación espiritual de las almas, y cada vez se hace más manifiesta y patente en ese anhelo de una norma superior para la vida. Los pueblos más estadizos en el cultivo y satisfacción de su egoismo, piden una norma más conforme y segura que la observada hasta ahora, y la piden suplicándolo á todo el mundo, embriagados por un dolor al parecer irremediable.

La aparición de religiones industriales en no pocas regiones de Norte América, y el auxilio industrial que se procuran algu-

nos credos, demuestran la inquietud de las almas por una parte y el desmoronamiento de las pseudoverdades en que se apoyan los últimos. A pesar de todo, la gran revolución espiritual sigue adelante, y vuelve en todas partes el problema moral á ocupar el puesto más preeminente en todas las indagaciones de la ciencia occidental, no satisfecha por las hipótesis de los grandes audaces que han querido precipitarse en una explicación definitiva de la Naturaleza y el Hombre, prescindiendo de la divina razón del movimiento: la conducta moral, la buena conducta.

Un honesto comportamiento de las almas parece algo lejano todavía en esta época, donde los grandes descubrimientos de la mente humana parecen exponerse únicamente al servicio de la guerra y de la lucha. Es una mala aplicación, pero no el triunfo del mal sobre la tierra. Los grandes elementos de destrucción y aniquilamiento se transformarán dentro de poco, y los grandes explosivos que destrozan á los hombres en los campos de batalla y en las ciudades, se aplicarán más adelante al último motor donde la humanidad ha de instalarse para subir á las regiones de la Paz y del Bien. La artillería humana vendrá á ser en vez de un elemento de destrucción y de muerte, un ejercicio de dirección y elevación de los hombres, un algo que contrareste la gravedad de los cuerpos para aproximar á las almas.

En lo moral, todas esas ideas, deficientes aún para la comprensión de la Verdad, habrán sido aproximaciones para la dirección única que, conquistada una vez, mirará como nobles esfuerzos, pero equivocados propósitos, las obras de aquellos extraviados que han vivido quizá bajo una luna creciente, pero no bajo la inundación luminosa de una luna llena, de verdad y de justicia.

Lo oculto se va manifestando poco á poco, y después de una era de invenciones, que ha ensoberbecido á la mente, ha empezado una era de casualidad, de adivinación y descubrimiento, como á toda época de construcción humana sigue una segunda de depuración crítica y revisión de valores. Volvemos sin querer sobre la ciencia olvidada, y todos los descubrimientos modernos nos ruborizan por el precipitado desprecio con que hemos considerado la ciencia arcaica y perdida. La materia misma se ha sutilizado de tal modo, que la influencia á distancia ha desaparecido por completo desde que irradian invisiblemente los cuerpos hasta confundir sus impalpables esferas. Nuestro yo

mismo, este yo tan atormentado y tan enfermo, que ha padecido tantas perturbaciones en la segunda mitad de la pasada centuria; este yo casi obscurecido por el estudio de los sentidos y del cerebro, va reconquistando su puesto y su vida se extiende á todas partes irradiando también emanaciones sutiles que le ponen en relación más íntima con todos sus homogéneos y los cuerpos de la Naturaleza.

A la vida puramente fisiológica se ha sumado una vida moral y una vida social de los organismos, y ya no vive el hombre como una solidificación ó condensación de la conciencia, sino que viven todos los cuerpos del mundo, no quedando nada absolutamente muerto, ni en absoluto reposo. Todos los hombres constituyen una fraternidad universal y todos los cuerpos una convivencia más universal todavía. La poesía antigua se va justificando y va siendo más poesía cuanto más razonablemente se conoce que cuanto más sin razón se nos ofreciese en algún tiempo. Hay menos poetas hoy, pero se ha dignificado más á los que fueron, elevándolos á precursores de la fraternidad de los hombres y á expositores de una verdad desconocida.

La superstición pasada es menos desdeñable y se toma en tanta consideración por los indagadores de la verdad como las enseñanzas antiguas que se estudian como mitos de las mentes primitivas.

A toda esta renovación no es extraña la gran obra de la Sociedad Teosófica. Ella ha contribuído á extender la fraternidad humana, á procurar la paz, á justificar el pasado, á fortalecer el presente y á renovar el espíritu. Mucho le queda que hacer, pero lo hará, porque está más animada cada día para su empresa.

Nuestra labor ha sido provechosa y fecunda, y ha de serlo mucho más todavía, porque aparte del firmísimo propósito que ponemos en ello, nos sobran abundantes y preciosos materiales para el caso. Hay magníficos tesoros de sabiduría y de moral que debemos exponer y resucitar á todo trance. Viejo y muy viejo nuestro pueblo, ha recibido delicadas donaciones de todas las razas y de todas las ideas que han pasado por ella, que en ella han vivido. Por nuestra situación en el mundo poseemos algo, algo que debe ser de todos y que á todos debe enseñarse.

¡Un año más! Bien venido sea para la renovación de nues-

tras almas, y ¡ojalá!, como pedía uno de los pueblos que hemos albergado, ¡ojalá! nuestros trabajos sean tan provechosos como los del pasado y mejores aún por el propósito que nos anima.

LA REDACCIÓN



LA ORACIÓN

PARA darse cuenta de la utilidad de la oración es, desde luego, indispensable analizarla por sí misma, porque el empleo de la palabra está bastante generalizado para expresar las diversas actividades del estado de conciencia que no pueden expresarse sino en conjunto, como si formasen un todo homogéneo. Hay oraciones que tienen por objeto el obtener ciertas ventajas mundanas, ó la satisfacción de necesidades físicas; oraciones para conseguir alimentos, vestidos, dinero, un empleo, el éxito en ciertas empresas ó la continuación de una buena salud, etc. Todas ellas las clasificaremos en el grupo A.

Hay también oraciones hechas con el fin de ser ayudado á soportar las dificultades morales é intelectuales, para progresar en el desenvolvimiento intelectual, para resistir á las tentaciones, ó para tener fuerza, clarividencia y luz intelectual. Estas forman el grupo B.

Hay, en fin, oraciones en las que no se solicita nada, que no consisten sino en la contemplación y adoración de la Divina Perfección, en el deseo intenso de unirse con Dios: como el éxtasis del místico, la meditación del sabio y el ardoroso entusiasmo del santo. Estas las clasificaremos en el grupo C.

Es menester en seguida formarse una idea muy clara de la inmensa escala de los séres vivos, desde el elemental infrahumano, hasta el Logos mismo; de esa escala en la que no falta un solo peldaño. Este lado oculto de la naturaleza es un hecho y no un sueño. El mundo entero está repleto de séres vivos, invisibles para los ojos de la carne. El mundo astral se halla entremezclado con el mundo físico, al que penetra en todos sentidos,

y lleno de criaturas inteligentes y conscientes que nos envuelven á cada paso que damos. Unas tienen una inteligencia inferior á la del hombre, otras muy superior á la del mismo. Unas sufren fácilmente la influencia de su voluntad, otras permanecen inaccesibles á sus oraciones. Además de esas identidades independientes, la esencia elemental de los tres reinos es sensible á sus emociones y pensamientos, que se revisten rápidamente de una forma cuya vida tiene por único objeto poner en práctica el sentimiento ó el pensamiento que le anima; se puede así crear á voluntad una legión de obedientes servidores que recorren el mundo astral para su servicio.

Hay también ayudas humanas prestas siempre, aunque invisibles, cuyo oído atento escucha todo llamamiento de auxilio ó de socorro, y que acuden gozosamente en socorro del alma en pena, como verdaderos ángeles guardianes. Coronando el todo, hay, en fin, la vida del Logos mismo, eternamente presente, eternamente consciente, poderoso y sensible en todas las partes de su reino, la vida de Aquél sin cuyo asentimiento ni un pájaro se mueve, ni la más humilde criatura se agita, ni ríe ó llora un niño; esta Vida y este Amor que penetran todo, abarcándolo todo, todo lo sostienen y animan y en todo viven y se animan.

Así como nada agradable ó desagradable no puede afectar al cuerpo humano sin que los nervios sensitivos no transmitan la impresión al cerebro, sin que la vibración que se produce se propague á lo largo de los nervios motores para acoger ó rehusar esta impresión, así también cada una de las vibraciones del universo que constituye su cuerpo repercute en su estado de conciencia, de donde surge la acción que responde.

Las células nerviosas, la red nerviosa y las fibras musculares son los agentes de la sensación y del movimiento; pero es el *hombre* el que siente y el que obra. Igualmente miriadas de inteligencias pueden servir de intermediarias, pero es el Logos el que sabe y el que responde. Nada es bastante pequeño para no impresionar ese delicado y omnipresente estado de conciencia; nada tampoco bastante grande para traspasar esos límites. Somos tan limitados, que la sola idea de un tal estado de conciencia, abarcándolo todo, nos hace vacilar y nos confunde; pero el mosquito que tratara de medir el estado de conciencia de Pitágoras, se encontraría probablemente muy embarazado.

Es imposible negar que hay oraciones que *son* favorables, y

que numerosas personas se hallan en circunstancias de describir las mismas circunstancias en que sus propias oraciones «han sido manifiestamente escuchadas». Además, muchas de esas oraciones no tienen ni rastro de lo que llamamos cuestiones subjetivas; pero como hechos materiales, pertenecen al mundo que calificamos de objetivo. Un hombre reza para obtener una cantidad y el cartero le trae la suma que necesita; una mujer pide alimentos y éstos llegan á la puerta de su casa. En todo lo que se refiere al ejercicio de la caridad, hay numerosos ejemplos de oraciones, hechas bajo el imperio de una necesidad presente, que han sido inmediatamente oídas y de un modo generoso.

Hay, además, numerosos ejemplos de oraciones que han sido infructuosas, de hambrientos muertos de hambre, de niños arrebatados por la muerte de los brazos de sus madres, á pesar de los ruegos más apasionados á Dios. Un estudio serio de la oración debe tener en cuenta estos hechos contradictorios; no debe ni dejar de admitir las oraciones oídas, ni aquellas que han quedado sin respuestas. Todos los hechos deben tener su lugar en una sincera teoría de la oración.

Vamos á examinarlas separadamente en nuestros tres grupos y veremos que son las vías ocultas de la naturaleza que sirven de intermediarias para escuchar las oraciones, y que los agentes particulares que intervienen son aquéllos cuya naturaleza está en relación con el objeto de la oración.

En cuanto á la oración que pertenece al grupo A, el hombre que la ha hecho puede alcanzar gracia por el concurso de diversos intermediarios. La concentración de su pensamiento y su firme deseo obran sobre la esencia elemental del plano astral y crea así un poder elemental artificial, cuya sola idea es procurar lo que desea su creador.

Cuando la oración es una petición de dinero, de alimentos, de vestidos, un empleo, en una palabra, todo lo que un hombre puede dar á otro, el elemental se pone en busca de una persona susceptible de dar é imprimir sobre su cerebro la imagen de un creador y de la cosa que se necesita; impresión que dará origen á la idea de acudir en su socorro. «He pensado esta mañana en José Pérez y en sus huérfanos; no estaría demás que les enviase algo», dice, por ejemplo, un hombre rico. La oración de José Pérez ha sido aquí la fuerza motriz, el elemental artificial es el encargado de llegar al resultado que se desea, y el dinero, que

no había sido solicitado de ningún hombre sobre el plano físico, representa «la oración atendida». Este resultado ha podido obtenerse tan rápidamente por medio de un esfuerzo reflejado sobre la voluntad, sin oración alguna, por una persona que conozca el mecanismo para ponerla en movimiento. Pero la mayoría, que no conoce las fuerzas del mundo invisible y que está acostumbrada á ejercitar su voluntad, la concentración del pensamiento y el ardiente deseo que son indispensables para alcanzarlo, adquieren más fácilmente atención por la oración que por el esfuerzo mental reflexivo que es preciso verificar para proyectarla fuera de la propia fuerza. Dudarán de su propio poder aunque comprendan la teoría, y la duda es fatal para todo ejercicio de la voluntad.

El hecho, por lo demás, de que el que ruega ignore el mecanismo que pone en juego, no afecta en nada al resultado. Un niño que tiende la mano y toma un objeto, no tiene necesidad de comprender el trabajo que verifican sus músculos extensores ni las modificaciones químicas y eléctricas que provoca su movimiento en los músculos y en los nervios; es inútil también que calcule cuidadosamente la distancia que le separa del objeto, midiendo el ángulo formado por los ejes ópticos. Su voluntad es coger el objeto que desea, y las diferentes partes de su cuerpo obedecen á su voluntad, aunque él mismo ignore la existencia de ella. Lo mismo ocurre con el hombre que ruega sin tener conciencia de la fuerza creadora de su pensamiento ni de las acciones de la criatura que ha puesto en movimiento para ejecutar su voluntad. Obra inconscientemente como el niño, y como él se ampara de lo que desea.

Una oración del grupo A puede ser oída por intermedio de un elemental artificial. Un discípulo que se encontrara allí, ú otra ayuda para la obra sobre el plano astral, podría oir la oración y provocar el resultado que se desea. Esto ocurrirá, particularmente, cuando el orante sea un filántropo que necesite ayuda para el cumplimiento de una obra caritativa. La Ayuda hará germinar en el suelo fértil de un cerebro bienhechor el pensamiento de auxiliar para la necesidad, y se producirá el resultado. A veces, pero muy raramente, yo creo que la voluntad del orante obra sobre un espíritu de la naturaleza ó sobre un elemental, propiamente dicho, que se empleara activamente en llegar á la realización de lo que se pide. Hay gentes que ejercen

un poder especial sobre los diversos espíritus de la naturaleza, y el «pequeño pueblo» se dará mucho trabajo para satisfacer las necesidades de sus favorecidos.

La impotencia de ciertas oraciones ardientes y llenas de voluntad para llegar al resultado apetecido, parece que debe atribuirse al hecho de que tropiezan con causas kármicas muy fuertes para que puedan modificarlas de una manera apreciable. Un hombre á quien sus acciones del pasado le llevaren á morir de hambre, opondría en vano sus oraciones para detener el destino. El elemental artificial que crea por sus oraciones, tendrá que vencer todos sus esfuerzos, no tendrá ninguna ayuda para su deseo, ningún espíritu de la naturaleza le prestará oídos.

Cuanto las relaciones que han existido en el pasado entre las almas de los padres y la del niño moribundo, hacen necesaria, en una época determinada de su vida actual, la ruptura del lazo que les une; la fuerza puesta en movimiento por la oración, no será capaz de prolongar el curso de la joven existencia. En este caso, como en otros, vivimos en el reino de la ley, y una fuerza puede modificarse ó enteramente aniquilarse por la acción de otras fuerzas con las cuales se pone en contacto. Dos fuerzas idénticas pueden emplearse para correr dos balas exactamente parecidas; pero mientras que para una de ellas no hay ningún obstáculo, para la otra puede haberlo desviándola. Es lo que ocurre con dos oraciones exactamente parecidas; una puede no hallar ningún obstáculo kármico, mientras que otra puede desviarse por una fuerza kármica más fuerte que la impulsión primera que la ha dirigido. Una de las oraciones ha sido oída, la otra parece no ha sido escuchada; pero en los dos casos el resultado es conforme á la ley.

Examinemos el grupo B. Los llamamientos de ayuda, en casos de dificultad moral é intelectual, son eficaces en acción y reacción. Llaman la atención de los servidores de la humanidad que buscan sin cesar el ayudar á las almas trastornadas, y los consejos, las animaciones, las inspiraciones, son diversas en el estado de conciencia cerebral, y constituyen así la más directa de las respuestas á la petición que se ha hecho. Con frecuencia son sugeridas las ideas que allanan una dificultad intelectual, ó que esclarecen un problema obscuro, y el bienestar más dulce se infunde en el corazón más trastornado viniendo á calmar su ansiedad. Se puede considerar como una respuesta objetiva á las

oraciones de este género: la asistencia inmediata dada por las almas más fuertes y avanzadas—por el alma de un discípulo, de un ángel ó de un maestro—á las que han implorado auxilio.

Pero puede haber también una respuesta subjetiva, en general, de la que los que ruegan no se dan cuenta inmediatamente y que puede considerarse como la reacción de la misma oración sobre el que la ha hecho. Su oración tiene realmente por efecto poner su corazón y su mental en estado de receptividad, lo que tiene por efecto no sólo obtener una asistencia objetiva fácilmente, sino establecer una comunicación entre su naturaleza superior é inferior y permitir también á la fuerza y á la potencia inspiratriz de la primera introducirse en su estado de conciencia cerebral.

Las corrientes de energía que el hombre interior esparce normalmente hacia abajo ó hacia lo exterior, están, en general, dirigidas hacia el mundo exterior y se utilizan en los negocios de la vida corriente, por el estado de conciencia cerebral, para asegurar el ejercicio de su actividad diaria. Pero cuando ese estado de conciencia cerebral se desvía del mundo exterior y, cerrando todas sus salidas, dirige su atención hacia el interior, cuando con propósito deliberado se abre á todas las impresiones de dentro y queda cerrado á todas las de fuera, se hace un receptáculo susceptible de recibir y amontonar, en vez de limitarse á no ser sino una suerte de canal que ponga en comunicación el mundo interior con el externo. En el silencio obtenido poniendo aparte el ruído de las actividades exteriores, la voz tranquila del alma puede hacerse oir y la atención concentrada del mental recogido le permite percibir el dulce murmullo del Yo interior.

Todo esto se ve más claramente aun cuando la oración tiene por fin pedir inspiración y desenvolvimiento espirituales. No sólo todas las ayudas se esfuerzan con el mayor empeño para ayudar á los progresos espirituales, aprovechando todas las ocasiones que le suministra el corazón de aspiraciones elevadas, sino que el mismo deseo de ese desenvolvimiento pone en libertad una energía de un orden superior, porque la aspiración espiritual provoca una respuesta que viene del reino espiritual.

La ley de las vibraciones simpáticas se afirma una vez más, y á la nota de la aspiración sublime responde una nota del mismo orden, libertando una energía de la misma naturaleza que

ella, una vibración que le es sincrónica. La vida divina ejerce una presión constante sobre los límites que la circunscriben, y cuando la fuerza ascendente viene á dar contra esos límites, el muro de separación cae y la vida circunda al alma.

De una manera casi imperceptible pasamos de la aspiración espiritual á la oración, que no es más que un culto puro, que una pura adoración, que no implica ninguna petición y que no trata más que de elevar un entusiasmo de amor hacia lo perfecto, de lo que tiene una vaga conciencia.

Estas oraciones que hemos clasificado en el grupo C, constituyen la unión entre el hombre y Dios y elevan el fervor hacia el Sér que él adora. Durante esas oraciones, el estado de conciencia limitado del cerebro contempla en un éxtasis mudo la Imagen que él ha creado de Aquél que él sabe está realmente por encima de todo lo que se puede imaginar y, con frecuencia, transportado por la intensidad de su amor más allá de los límites concretos que la impone el intelecto, se eleva hasta el reino sin límites, y siente y aprende más de lo que se puede describir con palabras ó revestir de una forma intelectual.

Durante esas oraciones el místico contempla la Visión beatífica, el sabio descansa en la calma infinita de la sabiduría que sobrepasa á todo saber, y el santo se siente penetrado por radiante pureza, en medio de la que se le aparece Dios. Las oraciones de este género iluminan al adorador, y cuando desde las alturas sublimes de una tal comunión desciende sobre la tierra, su figura misma resplandece con una gloria celeste, que tiene la transparencia de la llama que lo quema.

¡Dichosos los que conocen la realidad de lo que ninguna palabra sabría expresarla á los que no la conocen; felices los que han contemplado al Rey en su esplendor, lo recuerdan y lo comprenden!

ANNIE BESANT



LOS DISCÍPULOS EN SAIS

(Conclusión.)

«Únicamente los poetas han sentido lo que la Naturaleza puede ser para el hombre—replicó un hermoso adolescente—, y puede afirmarse que la solución más perfecta de la humanidad se encuentra en ellos, y así cada impresión se propaga con pureza por todas partes en todas sus modificaciones infinitas á través del cristal y de la movilidad de esta solución. Los poetas han encontrado todo en la Naturaleza. Para ellos únicamente su alma no sigue siendo extraña, y no en vano, en las relaciones que con ella tienen, buscan todas las felicidades de la edad de oro. Tiene la Naturaleza para ellos toda la variabilidad de un carácter infinito, y más que por el hombre espiritual y lleno de vida, sorprende con sus hallazgos y sus vueltas profundas, por sus encuentros y desviaciones, por sus grandes ideas y sus extrañezas. El inagotable tesoro de sus fantasías no sufre que uno solo de sus familiares se vuelva con las manos vacías. Sabe embellecerlo todo, amarlo todo, confirmarlo todo; y así en algunos detalles, un mecanismo inconsciente y sin significación parece que impera de un modo único, el ojo que ve el fondo de las cosas distingue una maravillosa simpatía con el corazón humano, en la coincidencia y la sucesión de los accidentes particulares. El viento es un movimiento del aire que puede tener muchas causas exteriores; pero ¿no es otra cosa para el corazón solitario y preñado de deseos, cuando pasa viniendo de una comarca querida, arrastrando mil murmurios melancólicos y obscuros, como disolviéndose en la tranquila superficie de un profundo y melodioso suspiro de toda la Naturaleza? ¿El amante no encuentra expresada en él también, con una admirable verdad, toda un alma cargada de flores, en la joven y púdica verdura de las praderas primaverales? ¿La embriaguez de un alma que se baña en el oro del vino, parece nunca más preciosa y riente que en un

racimo de uvas gruesas y brillantes que se ocultan á medias bajo los pámpanos?

Se acusa á los poetas de exageración y se contenta uno con perdonarles, de algún modo, su lenguaje impropio y brillante; se contenta uno, sin profundizar, con atribuirlo á su fantasía esa Naturaleza maravillosa que oye y ve un gran número de cosas que los demás no oyen ni ven, y que en un amable delirio eleva el mundo real al rango de sus caprichos. Pero me parece que los poetas exageran todavía demasiado poco, que no sospechan sino muy nebulosamente los prestigios de esa lengua, y que juegan con su fantasía como un niño con la varita mágica de su padre. Ignoran á qué fuerzas deben obedecer y cuáles deben subyugar. ¿No es, por ventura, verdad, que las piedras y los árboles obedecen á la música, y que dominada por ella se someten á todos sus caprichos como animales domésticos? ¿Es que realmente las más gayas flores no florecen alrededor de la amada y no se alegran de asemejársele? ¿El cielo para ella no es más sereno y más tranquilo el mar? ¿La Naturaleza entera, así como la mirada y los gestos, el pulso y el color de la cara, no expresa para ella el estado de este sér superior y extraño que llamamos hombre? ¿La roca no llega á ser un verdadero *tú* en el momento en que la hablo? ¿Soy yo otra cosa que el río cuando miro melancólicamente sus ondas abandonando á su corriente mis pensamientos? Sólo un alma tranquila y voluptuosa puede comprender el mundo de las plantas; sólo el niño alegre ó el salvaje puede comprender á los animales. Yo no sé si alguien ha comprendido jamás á las piedras ó á las estrellas; pero el que las comprenda debe ser un sér superior.

No está esto sino en esas estatuas que nos quedan del pasado tiempo de la belleza humana, que traspasan la profundidad del entendimiento y la comprensión singular del mundo mineral, ante las cuales el espectador recogido se siente abrazar por el escorzo de una piedra que parece salir del interior: la sublime petrificada. Y es porque no nos está permitido asombrarnos ante lo sublime de la Naturaleza y ante sus efectos ó ignorar dónde ese sublime se encuentra. ¿La Naturaleza no podría estar petrificada á la vista de Dios ó por el terror que le ha causado la llegada de los hombres?»

Este discurso sumergió al primero que había hablado en una meditación profunda. Las lejanas montañas se tornaban más

obscuras, y la tarde, con una intimidad dulce, se extendía sobre el paisaje. Después de un largo silencio se le oyó hablar así:

«Para comprender la Naturaleza es menester que se la deje desenvolverse interiormente en su integridad. Es preciso que en esa empresa uno se deje guiar únicamente por la aspiración divina hacia los séres que nos son iguales y por las condiciones necesarias para la percepción de ellos, porque, en verdad, la Naturaleza entera no es comprensible más que si uno la considera como el instrumento y el intermediario del acuerdo de los séres dotados de razón. El hombre que piensa vuelve á la función original de su sér, á la contemplación creadora. á ese punto en el que el producir y el saber tienen las más extrañas relaciones, á ese momento fecundo del goce propiamente dicho, de la autoconcepción interior. Cuando se abisma todo entero en la contemplación de ese fenómeno primitivo, ve desenvolverse ante él, en los espacios y los tiempos recién nacidos, tal espectáculo ilimitado, la historia de la generación de la Naturaleza; y todo punto fijo que se forma en la fluidez sin límites, llega á ser para él una manifestación nueva del genio del amor, un nuevo lazo entre el *tú* y el *yo*. La cuidadosa descripción de esa historia interior del universo, es la verdadera teoría de la Naturaleza. Del encadenamiento de su mundo espiritual en sí y de su armonía con el universo, se forma de él mismo un sistema de pensamiento que viene á ser la imagen fiel y la fórmula del universo. Pero el arte de la contemplación tranquila, de la contemplación creadora del universo, es muy molesta. Exige una meditación incesante y una severa austeridad, y su recompensa no tendrá la aprobación de los contemporáneos que tienen miedo del esfuerzo, sino sólo el goce de saber y de velar: un contacto íntimo con el universo.»

«Sí—dijo otro—, nada hay más notable que la gran simultaneidad de la Naturaleza. En todas partes la Naturaleza parece presentarse por entero. Todas las fuerzas de la misma están en actividad en la llama de una luz, y así en todas partes se representa y transforma sin cesar, haciendo nacer al mismo tiempo las hojas, las flores y los frutos. Ella está en medio del tiempo, siendo presente, pasada y futura á la vez, y ¡quién sabe! en qué clase especial de lo futuro trabaja todavía. ¡Quién sabe si ese sistema de la Naturaleza no es otra cosa que un sol universal que, uniendo una luz, una corriente y las influencias percibidas

primeramente por nuestro espíritu, extiende sobre esta Naturaleza el espíritu del universo y distribuye á los demás sistemas el espíritu de esa Naturaleza!»

«Cuando el pensador—dijo un tercero—llega á ser un artista activo, cuando por una aplicación adiestrada de sus movimientos espirituales trata de reducir el universo en una figura sencilla y de parecido enigmático, y describe con palabras las líneas de los movimientos, es menester que el amante de la Naturaleza admire esa empresa atrevida y que se goce del progreso de las aptitudes humanas. Hay una razón para que el artista dé el primer puesto á la actividad, porque su esencia es producir con ciencia y voluntad, y su arte es poder imitar el universo á su manera; por eso el principio de su universo se convierte en actividad y su universo llega á ser su arte. Aquí también se manifiesta la Naturaleza en una nueva belleza, y sólo el hombre que no piensa profiere con menosprecio palabras inteligibles y extrañamente mezcladas. El sacerdote depone sobre el altar con reconocimiento esa ciencia nueva y sublime al lado de la aguja magnética que jamás se engaña y dirige por las rutas sin señales del Océano á los innumerables barcos á las costas de costumbre y á los puertos de la patria.»

«Al lado del pensador hay también otros amantes del saber, que sin aplicarse especialmente á producir por medio del pensamiento, y sin vocación para ese arte, aman más el llegar á ser discípulos de la Naturaleza y encuentran más gozo en aprender que en enseñar, en experimentar que en obrar y en recibir que en dar. Algunos de ellos no son inactivos y, sacando la omnipresencia y las afinidades universales de la Naturaleza, convencidos de antemano del carácter incompleto y de la continuidad de todo algo particular, escogen con cuidado un fenómeno y fijan obstinadamente su mirada sobre el espíritu del mismo, que reviste mil formas variadísimas. Luego, con ayuda de ese hilo conductor, recorren todos los rincones del laboratorio á fin de poder trazar el mapa ó el plano de los caminos de ese laberinto. Cuando han terminado ese penoso trabajo, un espíritu más elevado se apodera de ellos, y les es fácil razonar sobre el plano que tienen delante y mostrar el camino que buscan. Su trabajo es de una utilidad inapreciable, y los contornos de ese mapa concuerdan de una manera sorprendente con el sistema del pensador. Para gran consuelo de ellos, le han suministrado invo-

luntariamente la prueba viva de sus teorías abstractas. Los que permanecen ociosos, esperan como los niños que un sér superior y amigo, que veneran ardientemente, les depare el conocimiento de la Naturaleza que les es necesario. En esta vida tan breve no pueden consagrar á las ocupaciones exteriores su atención y su tiempo, y les sustrae al servicio del amor. Por una vida santa no procuran sino en adquirir el amor y extenderlo, sin cuidarse del gran espectáculo de las fuerzas. Entregan tranquilamente sus destinos en las manos de esos poderes, mientras llenan lo íntimo de su conciencia de su inseparabilidad con el sér superior, y la Naturaleza no les toca sino en tanto que ella es la imagen y la propiedad de aquél. ¿Qué necesidad tienen de saber esas almas felices que han escogido la mejor parte, y que tal como una pura llama de amor en este mundo terrestre no resplandece sino sobre las cúpulas de los templos ó la cima de los navíos errantes, como signo del fuego celeste que incendia á todas las cosas? Con frecuencia, esos niños que aman, sorprenden en las horas sagradas admirables secretos de la Naturaleza, y los revelan con una ingenuidad inconsciente. El sabio les sigue el rastro para recoger todas las joyas que en su inocencia y en su alegría va dejando sembradas por los caminos. El poeta que siente lo que ellos sienten, da gracias á su amor, y busca por sus cantos el trasplantar ese amor, germen de la edad de oro, á otros tiempos y á otros países.»

«¡Ah!—exclamó el joven brillándole los ojos—¡cuál es el hombre cuyo corazón no se estremece de alegría cuando la vida íntima de la Naturaleza le penetra en la plenitud de su alma; cuando el más poderoso sentimiento, aquél que el lenguaje humano no puede dar otros nombres que los de voluntad y amor, se extiende en él como un irresistible perfume disolviéndolo todo; cuando temblando en una dulce ansiedad se abisma en el obscuro seno de la Naturaleza donde la pobre personalidad se pierde en las ondas evanescentes de la voluptuosidad y no queda más que un foco de inconmensurable fuerza generatriz, un turbión devorante sobre el inmenso Océano! ¿Qué es esa llama que sube por todas partes? Un profundo abrazo cuyo fruto dulcísimo cae en voluptuoso rocío. El agua primogénita de las fusiones aéreas, no puede negar su voluptuosidad original, y con una prepotencia celeste muestra un elemento de unión y de amor sobre la tierra. No equivocadamente buscaban en ella los antiguos

el origen de las cosas; y verdaderamente han hablado de un agua más sublime que del agua de las fuentes y de los mares. En ella se manifiesta el flúido original, tal como aparece en los metales líquidos; por eso es preciso que los hombres la honren siempre como á una diosa. ¡Cuán pocos han descendido hasta aquí en los misterios de la fluidez! ¡Para cuántos hombres ese presentimiento del goce y de la vida suprema no se ha elevado completamente jamás del fondo del alma embriagada! En la sed se manifiesta ese alma universal, ese vidente deseo de la fluidez. Los que están embriagados no experimentan sino con exceso esas sobrenaturales delicias del elemento líquido; y en el fondo todas las sensaciones agradables son liquefacciones diversas y movimientos de esa agua original dentro de nosotros. El mismo sueño no es otra cosa que el flujo de ese invisible mar universal, cuyo reflujo es el despertar. Los hombres se detienen al borde de los cursos embriagantes del agua y no oyen el dulce canto de nodriza de esas aguas maternas, y no saben huir del adorable juego de sus infinitas ondas. En la edad de oro vivíamos como esas ondas; en las nubes multicolores, en los mares flotantes y en las fuentes de todo lo que existe sobre la tierra, amando y reproduciendo en los surtidores eternos á las razas humanas y la visión del cielo nos venía á visitar... No ha sido hasta el gran acontecimiento, que las leyendas sagradas llaman el diluvio, cuando el mundo floreciente desapareció. Una fuerza enemiga azotó la tierra, y sólo algunos hombres acurrucados en los riscos de las montañas nuevas permanecieron en un universo extraño. ¡Qué extraño que precisamente los más santos y los más adorables fenómenos de la Naturaleza estén entre las manos de hombres tan muertos como lo son de ordinario los químicos! Esos fenómenos que despiertan poderosamente el sentido creador de la Naturaleza, esos fenómenos que debían conservar el secreto de los amantes y el misterio de la humanidad, son loca y atrevidamente provocados por espíritus groseros que no sabrán jamás qué prodigios contienen sus vasos de vidrio! Los poetas únicamente deberían manejar los líquidos. Mas tan sólo podrían hablar de ello á la juventud. Los laboratorios deberían convertirse en templos, y los hombres honrarían con un culto nuevo á los líquidos y á las llamas. ¡Cuántas ciudades que baña el mar ó un gran río se estimarían nuevamente felices! Cada fuente debía ser así el asilo del amor y la cátedra de los sabios. Así por

eso el agua atrae tanto á los niños, y todo río les promete dirigir á mejores comarcas. No es sólo un reflejo del cielo lo que vemos en el agua, es una dulce aproximación, una señal de vecindad, y cuando el deseo no satisfecho quiere elevarse, el amor feliz quiere descender en la profundidad sin límites.

»Pero es inútil querer enseñar y predicar la Naturaleza. Un ciego no sabrá nada de la luz á pesar de cuanto se le diga de los colores y de las formas. Igualmente nadie comprenderá la Naturaleza si no posee el órgano necesario, el instrumento interior que crea y analiza; nadie la comprenderá si espontáneamente no la distingue y reconoce en todas las cosas, si no tiene esa gracia para una alegría innata de engendrar y sentir una íntima y múltiple afinidad con todos los cuerpos, mezclándose con todos los séres de la naturaleza, por medio de la sensación, encontrándose, por así decirlo, entre ella. Pero el que posee verdaderamente el sentido de la Naturaleza y lo ha ejercido, goza de la Naturaleza mientras la estudia, y obtiene un placer en su complejidad infinita alcanzando goces inagotables. No quiere que se turbe su goce con palabras inútiles. Parece más bien que no puede obrar con bastante secreto con ello, que no se la puede hablar sino muy discretamente y que no puede contemplarla sino con una tranquilidad y una atención muy grandes. Se siente en ella como si reposase en el seno de una castísima amada, y no es sino así comó obtiene en dulces horas confidenciales el libre fruto de sus indagaciones. Ese hijo es feliz, es favorito de la Naturaleza, á quien ella permite contemplar en su dualidad, bajo la forma masculina y femenina, y en su unidad bajo la de ser himeneo eterno y sin conclusión. Su vida será un colmo de todos los goces, una cadena de voluptuosidades, y su religión será el verdadero y esencial naturalismo.»

Durante este discurso el Maestro y sus discípulos se habían aproximado á un grupo. Los viajeros se levantaron y le saludaron con respeto. Una dulce frescura se extendía desde el fondo de las avenidas llenas de sombras sobre la plaza y las gradas del edificio. El Maestro hizo acercar una de esas piedras extrañamente luminosas que se llaman carbunclos que despedía una claridad roja y potente sobre las formas y los vestidos diversos. No tardó en hacer una agradable simpatía. En tanto una música lejana se empezó á percibir y una llama refrescante vertida en las copas del cristal prolongaba sus claridades en los labios

*

de los que hablaban. Los extranjeros contaban los sucesos notables de sus caminatas. Llenos de esperanza y deseo de sabiduría se dirigían en busca de las huellas del pueblo original y perdido, del que los hombres de hoy parecen restos degenerados y salvajes. Es á su alta civilización á lo que debemos nuestros conocimientos y nuestros instrumentos más preciosos y necesarios. Ante todo, esa lengua sagrada les había atraído, esa lengua que había sido el precioso lazo entre esos hombres reales y las comarcas y los habitantes supra-terrestres, cuyas palabras, al decir de numerosas leyendas, habían poseído aún algunos sabios dichosos entre nuestros antecesores. Esa lengua era un canto milagroso cuyos sonidos irresistibles penetran en el fondo de las cosas y las analizan. Cada uno de esos nombres parecía la palabra libertadora para el alma de todos los cuerpos. Sus vibraciones, con una verdadera fuerza creadora, suscitaban todas las imágenes de los fenómenos del universo y se podría decir de ellas que la vida del universo era un diálogo eterno de mil á mil voces; porque en esas palabras todas las fuerzas, todos los géneros de la actividad parecían unidos de la manera más incomprensible. Buscar las ruínas de ese lenguaje, ó por lo menos recoger todos los datos que era posible recoger, tal había sido el objeto principal de su viaje, y la antigüedad de su templo les había atraído á Sais. Esperaban obtener aquí de los sabios que guardaban los archivos del templo, noticias preciosas y quizá encontrar por sí mismos algunas aclaraciones en las colecciones de todos géneros que allí se encuentran. Pidieron permiso al Maestro para dormir una noche en el templo y seguir durante algunos días sus lecciones. Obtuvieron lo que deseaban y se regocijaron mucho viendo cómo el Maestro sabía adornar su recitado con observaciones variadas sacadas de los tesoros de su experiencia, exponiendo ante sus ojos una serie de anécdotas y de descripciones instructivas y bellas. Les habló, en fin, de la misión encomendada á su edad, que era despertar en las almas jóvenes el sentido de la Naturaleza, hacerle entrar en ejercicio, aguzarlo y reanimar las disposiciones que prometen flores y frutos más sublimes.

«Es una misión admirable y sagrada—dijo el Maestro—la de ser un anunciador de la Naturaleza. No basta poseer el conjunto y el encadenamiento de los conocimientos diversos; no basta tener el don de relacionar fácil y claramente esos conoci-

mientos á los conceptos y experiencias conocidas, y reemplazar las palabras de sonido extraño por palabras ordinarias; ni basta tampoco que por una imaginación riquísima se puedan reducir los fenómenos de la Naturaleza á una serie de imágenes apreciables y claras, imágenes que, por el encanto de su encadenamiento ó los tesoros que contengan, despierten y produzcan la atención ó cautiven el espíritu por el profundo sentido que contengan. No; todo eso no responde bastante á lo que se exige al indagador de la Naturaleza; cuando se trata de otra cosa que la Naturaleza, eso basta, quizá, pero lo que prueba el deseo profundo de la Naturaleza, lo que se busca de ella, lo que es, por decirlo así, el instrumento sensible de su actividad secreta, aquello que no encuentra por dueño y confidente de la Naturaleza sino al hombre que habla de ella con fe y respeto, al hombre cuyos discursos tienen la maravillosa, la inimitable fuerza de penetración y de inseparabilidad por lo que se distinguen los evangelios y las inspiraciones verdaderas. Es menester que las disposiciones favorables de esas almas estén, en la edad más tierna, sostenidas y cultivadas con celo ininterrumpido en el silencio y en la soledad, porque la demasía de palabras trastorna toda la aplicación necesaria. Es preciso así una vida discreta y sencilla como la del niño y una paciencia inagotable. Imposible es precisar el tiempo al cabo del cual entrega ella sus secretos. Algunos elegidos los obtienen cuando son todavía jóvenes; otros únicamente en una edad más avanzada. El indagador verdadero jamás envejece; toda pasión eterna está fuera de la vida, y más la envoltura interior se marchita y deseca cuanto más el núcleo se aclara é ilumina. Este don no depende de la belleza exterior, de la fuerza, de la penetración ó de cualquier otra ventaja humana. En todas las posiciones, en todas las razas, en todas las épocas y bajo todas las latitudes ha habido hombres que la Naturaleza ha elegido para hacerles sus hijos predilectos, favoreciéndolos con el don de la percepción interior. Con frecuencia esos hombres han parecido más tontos y más desmañados que los demás, permaneciendo toda su vida en la obscuridad del montón. Es menester aún mirar como un hecho muy raro el encontrar la verdadera inteligencia de la Naturaleza unida á una gran elocuencia, á la habilidad y á una vida notable; porque de ordinario las palabras más sencillas la acompañan, así como las apariencias desdichadas y descuidadas. Es en el taller del obrero

y del artista y allí donde los hombres se relacionan y luchan de mil modos con la Naturaleza, en el trabajo de los campos, de las minas, en los mares, en el cuidado de los rebaños y en otras ocupaciones donde se verifica con más frecuencia el desenvolvimiento de ese sentido. Si todo arte consiste en el conocimiento de los medios para alcanzar un fin determinado, en el conocimiento de lo que ha de hacerse para producir tal efecto y tal fenómeno, y en la habilidad para escoger y utilizarlos, es menester que el que se siente interiormente llamado para distribuir entre un gran número de hombres la inteligencia de la Naturaleza, su cultivo y desenvolvimiento, y principalmente esas aptitudes en sus almas, es menester, digo, que preste una gran atención á las ocasiones naturales de ese desenvolvimiento y que trate de aprender los elementos de ese arte de la Naturaleza. Gracias á eso, tendrá suerte, se formará un sistema que le permitirá aplicar esa ciencia á todo individuo, sistema fundado sobre la experiencia, el análisis y la comparación. Asimilará ese sistema á lo que le ha venido como una segunda naturaleza, y entonces podrá comenzar con entusiasmo su fecunda misión. Es el único que podrá llamarse un verdadero dueño de la Naturaleza, porque otro simple naturalista no despertará sino accidental y sistemáticamente, como un producto de la misma naturaleza, el sentido de la Naturaleza.»

Federico von HARDEMBERG (Novalis).

(Traducción de Rafael Urbano.)



POR LOS LIBROS Y REVISTAS

Filosofía de la tolerancia. La Biblioteca de Sociología del Sr. Valentí Camps, ha publicado, vertida al castellano, la célebre obra de William James, *Los ideales de la vida*. Mr. James es, como saben nuestros lectores, uno de los mejores psicólogos de Norte-América y uno de los más eminentes discípulos de Emerson. *Los ideales de la vida* es una obra recomendable, rica en ciencia y en principios

morales, expuestos de una manera muy artística y delicada. Hay en esa obra un artículo: *Una singular ceguera de los séres humanos*, que puede compendiarse en las primeras palabras que lo constituyen y que á continuación transcribimos:

"Nuestros juicios sobre el valor de las cosas grandes ó pequeñas, depende de los sentimientos que las mismas cosas despiertan en nosotros. Cuando reputamos preciosa una cosa como consecuencia de *la idea* que formamos en ella, es porque la misma idea está ya asociada á un sentimiento. Si estuviésemos radicalmente privados de sentimientos, y en su virtud pudiesen las ideas reinar por sí solas en nuestra mente, nos hallaríamos completamente libres de todas nuestras simpatías y antipatías, y seríamos incapaces de atribuir mayor importancia ó significación á una que otra situación, á una que á otra experiencia de nuestra vida.

Ahora bien: la ceguera de que quiero hablaros, es la que todos sufrimos con relación á los sentimientos de las criaturas y de las personas diferentes de nosotros.

Somos séres prácticos y tenemos bien determinadas las funciones y los deberes que hemos de cumplir. Cada uno está obligado á sentir intensamente la importancia de sus propios deberes y la significación de las situaciones que provocan su aparición. Pero tal sensación es en cada uno de nosotros un secreto vital y en vano miramos á los demás para que sientan por ella la misma simpatía. Los demás viven demasiado absortos en los secretos vitales que les son propios para que se interesen por los nuestros. De esto procede la estupidez y la injusticia de nuestras opiniones en cuanto se refiere al significado de la vida de los demás; y procede asimismo la falsedad de nuestros juicios en cuanto presumen de decidir de un modo absoluto sobre el valor de las condiciones ó de los ideales ajenos.

* * *

Tomemos como ejemplo nuestros perros y nosotros. Nos unen, como es sabido, lazos bastante más íntimos y estrechos que muchos otros que existen en el mundo. Y, sin embargo, en medio de la amigable ternura que nos liga, ¡cuán insensible es cada uno á lo que tiene más importancia en la vida del otro! Nosotros concedemos muy poco á las excelencias del hueso roído debajo de la mesa. Ellos atribuyen muy poca á las delicias de la literatura y del arte. Cuando estáis leyendo la novela más emocionante que ha caído en vuestras manos, ¿qué opinión formará el *fox-terrier* de vuestra actitud? Con toda su mejor voluntad, no puede explicarse su inteligencia la naturaleza de vuestra conducta. ¿Por qué estáis sentados como una estatua, cuando podríais arrojar un bastón para que corriese á cogerlo? ¿Qué misteriosa dolencia es la que os sobreviene cuando cogéis una cosa blanca y larga y la estáis mirando horas enteras, en la más completa inmovilidad y sin la menor expresión de una vida consciente? Ciertos africanos se aproximaron un poco más á la verdad, sin llegar á ella por completo, cuando se agrupaban maravillados alrededor de aquel viajero americano que había encontrado

en el centro del Africa un ejemplar del *Commercial Advertiser*, de Nueva York, y devoraba una tras otras las columnas del mismo. Cuando hubo concluído, los indígenas le ofrecieron por aquel misterioso objeto un precio muy elevado, y como el viajero les preguntase para qué lo querían, contestaron: «Porque es un remedio para la vista.» Era ésta la única razón que acertaban á atribuir al prolongado *baño* que el viajero había hecho sufrir á sus ojos sobre la superficie del periódico.

El juicio del espectador pierde el camino de las causas y no puede llegar á la verdad. El sujeto juzgado conoce una parte del mundo real que el espectador que juzga no llega en cambio á entrever: aquél conoce más lo que el espectador conoce menos; y donde existe tal conflicto de opiniones y tal diferencia de visión, hay más obligación de creer que el lado más verdadero es el de aquel que siente más, no el de aquel que siente menos.

Permitid que os refiera un ejemplo personal de esos que se registran todos los días:

* * *

Hace algunos años, viajando por las montañas de la Carolina del Norte, pasaba junto á muchos «cowes» (que así se llaman allá á unos pequeños valles tendidos entre las colinas) recientemente talados y provistos de nuevas plantaciones. Su vista me produjo una impresión completamente desagradable. Por lo regular, el colono había derribado los árboles más útiles, dejando sólo la base del tronco; pero á los árboles demasiado grandes se había limitado á abrirles una incisión alrededor del tronco con objeto de que se secaran, evitando así la excesiva sombra de su follaje; después había construído una cabaña con troncos, obturando con arcilla los intersticios, y en torno de tal escena de destrucción había dispuesto una valla rústica muy elevada para tener separados de la casa los cerdos y las ovejas. Por fin, había sembrado trigo entre los árboles y los troncos mochos que quedaban, y allí vivía con la mujer y los hijos. Toda su hacienda se reducía á un hacha, un fusil, unas pocas herramientas, algunos cerdos y algunos pollos.

El bosque había sido destruído, y esto que lo había *beneficiado* resultaba horrible; parecía una úlcera, sin un solo elemento de gracia artificial que compensase todas las bellezas naturales que había perdido. En verdad debía ser desgraciada la vida del colono, navegante sin vela, como dicen los marineros, que empezaba de nuevo la existencia en el mismo punto de donde habían partido nuestros antepasados, y en condiciones muy poco mejoradas por el decurso de las generaciones que le habían precedido.

¡No me habléis de volver á la Naturaleza!—decíame al pasar por aquellos lugares bajo la opresión de la aridez que me rodeaba.—¡No me habléis de la vida del campo para los viejos y para los niños! ¡Las pobres manos desnudas y la tierra sola para sostener la ruda batalla! ¡Jamás es dable prescindir de los últimos beneficios de la cultura! La belleza y las comodidades conseguidas por los siglos son cosa sagrada. Constituyen nuestra herencia y tenemos derecho á ella por el solo hecho de haber nacido. No es posible que persona alguna moderna desee vivir un solo día en un estado tan rudimentario y lleno de privaciones.

Y dije en seguida al montañés que me servía de guía: «¿A qué clase de

gente están confiadas estas labores de tala?» «Pues, á todos nosotros—contestóme —, porque ¿cómo podríamos acomodarnos aquí si no obtuviésemos uno de estos *cowes* para roturarlos?»—Comprendí instantáneamente que no había acertado á comprender el significado interior de aquella situación.

Porque á mí, aquel desmoche me daba sólo una impresión de pobreza y pensaba que á aquel que con sus vigorosos brazos y su fiel hacha lo había realizado, debía producirle el mismo efecto. Pero él, cuando miraba aquellas monstruosas bases de troncos, recordaba una victoria personal. Todo aquello hablábale de su sudor honrado, de fatiga obstinada é industriosa, y de la recompensa final. La cabaña era para él, para la compañera, para los niños, una garantía de salvación. En una palabra: aquella tala que no era para mi retina sino un cuadro repugnante, era para él un símbolo perfumado de recuerdos morales, y le cantaba el poema del deber, de la lucha y de la victoria. Había yo estado tan ciego para la idealización peculiar de su condición, como él mismo habíalo estado seguramente respecto de mis ideales si hubiese podido dar una ojeada á las extrañas maneras académicas de mi vida doméstica en Cambridge.»

La evolución de la moral. Un joven, ya ventajosamente conocido por una obra recientemente publicada, *Andrógino*, D. José Antich, ha dado tres interesantes conferencias sobre *La evolución de la moral*, en el Ateneo barcelonés. *La Publicidad* de Barcelona los ha publicado íntegros en los números del 24 de Noviembre y 1, 2, 16 y 17 del pasado mes. En la imposibilidad de extractarlas, como fuera nuestro deseo, remitimos á esa publicación á nuestros lectores.

La primera versó sobre «El triunfo de la ciencia» y de ella entresacamos las siguientes afirmaciones, seguramente jamás oídas en aquel centro, donde se han dado las citadas conferencias:

«Todos los cuerpos son radio-activos; en todos ellos existe el alma y la energía del radio. El organismo humano también lo es; de su substancia fluyen constantemente imperceptibles emanaciones, y con ellas se forma esa especie de envoltura que la circunda. Es, pues, evidente que por encima de este cuerpo físico que todos vemos hay otra forma material invisible que coexiste con la primera y que constituye una manifestación suprasensible de la misma. Es, pues, innegable que, cuando menos en principio, debemos aceptar la posibilidad de los fenómemos telestésicos que antes no acertábamos á explicarnos y que permiten á séres, separados por considerables distancias, comunicarse sus ideas y sentimientos, merced á esas emanaciones producidas por su substancia cerebral, esto es, merced á la fuerza de la voluntad.

Y de esto, al descubrimiento de un mundo, nuevo no hay más que un paso; el plano astral y el Devachan de los téosofos, ya no puede presentársenos como una quimera fabricada por imaginaciones calenturientas.»

El tema de la segunda conferencia fué «La ley del amor y de la lu-

cha», algo verdaderamente original y lleno de arte. Finalmente, la tercera que fué consagrada al estudio de *El idealismo*, y en ella el distinguido escritor hizo verdadero derroche de perspicacia y elocuencia, siendo coronados sus esfuerzos por numerosos aplausos.

Si pudiéramos recomendar al Sr. Antich alguna cosa, le recomendaríamos que formase un libro con sus hermosas conferencias, en la seguridad de que habrían de ser muy leídas. Es además un trabajo que debe popularizarse y ser conocido de todos.

El poder religioso en el Thibet. A este tema de actualidad consagra la escritora Alejandra Myrial un interesante estudio en el número del mes pasado del *Mercyre de France*. *El país de las Nieves*, como se llama en la literatura buddhica al Thibet, está admirablemente retratado y se estudia el origen del poder religioso en él. Prescindiendo de algunas inexactitudes, fáciles de salvar para los lectores de Sophia, es recomendable la lectura del trabajo de la señora Myrial, algo más exacto que las noticias publicadas, por ejemplo, por algunos periódicos diarios é ilustrados que se han ocupado del asunto entre nosotros.

ARIMÍ



DESDE LAS CUEVAS Y SELVAS DEL INDOSTÁN

por H. P. BLAVATSKY

(Continuación).

En cuanto á nosotros, trepamos por el segundo agujero, pero esta vez bajo la dirección de Narayán, el cual nos reveló que estos lugares no eran nuevos para él; había estado aquí antes de ahora y nos hizo la confidencia de que sobre cada una de estas habitaciones había otra, todas semejantes, prolongándose sin interrupción hasta la cima de la montaña. Entonces, continuó diciendo, tuercen bruscamente, descendiendo de una manera gradual hasta dar en un verdadero palacio subterráneo, el cual es temporalmente habitado algunas veces. Cuando de-

sean los Râj-Yogis alejarse del mundo por cierto tiempo, y pasar algunos días en el aislamiento, hallan la perfecta soledad que buscan en esta morada subterránea. El coronel lanzó al través de sus lentes una mirada de soslayo á Narayán, pero no encontró nada que decir. Los hindos también recibieron este relato en perfecto silencio.

La segunda celda era exactamente igual que la primera; dimos fácilmente con el agujero del techo y alcanzamos la tercera celda, donde nos sentamos un momento á descansar. Noté que mi respiración iba siendo cada vez más dificultosa, mas atribuyéndolo á cansancio y fatiga, no hice mención de ello á mis compañeros, de los que ninguno se sentía mal. El paso á la cuarta celda estaba casi obstruído por una mezcla de tierra y piedras pequeñas; los caballeros de la partida pusieron manos á la obra, quedando el paso libre de obstáculos antes de veinte minutos, hecho lo cual pudimos subir á la cuarta celda.

Narayán tenía razón; las celdas estaban dispuestas una sobre otra de manera que el techo de la inferior era el suelo de la superior. La cuarta celda presentaba un aspecto ruinoso. Dos trozos de pilares caídos uno sobre otro formaban escabel muy apropiado para subir á la quinta celda; mas el coronel detuvo nuestro ardor diciendo que era llegada la oportunidad de fumar, al uso de los Pieles Rojas, la «pipa de la deliberación».

—Si Narayán no se engaña—dijo—, es indudable que de continuar subiendo no pararíamos hasta mañana á estas horas.

—No estoy engañado—contestó Narayán en tono casi solemne—. Mas después de mi visita á estos lugares, he tenido noticias de que algunos de los pasadizos estaban obstruídos con tierra, quedando con esto interrumpida toda comunicación; si no recuerdo mal, no podemos subir más allá del próximo piso.

—En este caso, no es costumbre tratar de ir más lejos. Si las ruinas están en tan mal estado que cierran los pasadizos, sería peligroso para nosotros el intentar forzarlos.

—Nunca he oído decir que los pasadizos fueran obstruídos por la acción del tiempo... *Ellos* lo han hecho de intento...

—¿Quiénes son *ellos*? ¿Se refiere usted acaso á los tigres encantados?...

—Coronel—dijo el indo haciendo un esfuerzo—, no tome usted á risa lo que digo... Hablo seriamente.

—Mi querido compañero, le aseguro que mi intención no ha

sido, en manera alguna, ofender á usted, así como tampoco ridiculizar asunto tan serio. He hecho la pregunta, sencillamente, porque no adivino quiénes puedan ser los que usted se refiere cuando dice *ellos*.

—Me refiero á la hermandad... Los Râj-Yogis. Algunos de éstos viven aquí completamente retirados.

A la confusa luz de las medio extinguidas antorchas vimos que los labios de Narayán temblaban y su rostro se tornaba pálido conforme iba hablando. El coronel tosió y limpió sus lentes, reinando el silencio durante un rato.

—Mi querido Narayán—dijo por último el coronel—, no puedo creer que vuestra intención sea hacer burla de nuestra credulidad; pero tampoco puedo creer lo que usted seriamente pretende asegurarnos, pues á ninguna criatura viviente, bien sea ésta animal ó asceta, le es posible vivir en un sitio donde falta el aire. Concedo atención preferente al hecho, y así estoy completamente seguro de que no me engaño; en estas celdas no hay un solo murciélago, lo cual demuestra falta de aire. Y á propósito, mirad nuestras antorchas, ved cuán pobremente alumbran. Estoy seguro de que si llegáramos á subir dos ó tres habitaciones más como ésta, acabaríamos por asfixiarnos.

—Pues á pesar de todos esos hechos, digo la verdad—contestó Narayán—. Las cuevas superiores están habitadas por *ellos*. Los he visto con mis propios ojos.

El coronel quedó pensativo mirando al techo, en actitud perpleja é indecisa. Nosotros todos guardamos silencio, respirando penosamente.

—Vámonos de aquí en seguida—exclamó repentinamente el akali—. Mi nariz echa sangre.

En aquel mismo instante sentí que me desvanecía, cayendo desplomada al suelo. Invadióme luego una deliciosa, indescriptible y celestial sensación de quietud, á pesar del sordo latir de mis sienes. Aunque vagamente, me daba cuenta de que, en realidad, estaba desmayada y que moriría si no me sacaban á respirar aire puro. No podía mover un dedo ni articular sonido, y á pesar de eso no experimentaba temor alguno mi alma, nada si no era un apático é indescriptible sentimiento de dulce reposo, y una completa inactividad de todos los sentidos, excepción hecha del oído. Vino el momento en que también me abandonó este último sentido, porque recuerdo que escuchaba con imbécil

atención el mortal silencio en torno mío. ¿Es esto la muerte? me pregunté con vaga sorpresa. Entonces sentí como si poderosas alas me abanicaran. «Amables alas, acariciadoras, amables alas» fueron las palabras que dieron en pasar y repasar por mi cerebro con el movimiento regular de un péndulo; é interiormente, obedeciendo á un impulso irresistible, me reía de esas palabras. Después experimenté una nueva sensación; más bien que *sentir*, *sabía* que era levantada del suelo y que caía en caída sin fin á algún desconocido precipicio, entre el cavernoso y prolongado estruendo de lejana tormenta. De repente sonó una fuerte voz cerca de mí. Y esta vez creo que no fué oída, sino sentida. Había algo de palpable en su sonido, algo que detuvo instantáneamente mi espantoso descenso, guardándome de seguir cayendo. Era una voz que yo conocía bien, pero que no podía recordar.

De qué forma se valieron para arrastrarme á través de aquellos angostos pasadizos, es lo que permanecerá envuelto para mí en un eterno misterio. Recobré mis facultades abajo, en el *verandah*, acariciada por una brisa fresca, y tan de repente como cuando me desmayé bajo la acción del aire enrarecido de la celda. La primera cosa que vi al recobrar completamente mis sentidos, fué una poderosa figura vestida de blanco, con espesa barba tan negra como cuervo rajput, inclinada ansiosamente sobre mí. En cuanto conocí al propietario de aquellas barbas, no pude abstenerme de expresar mis sentimientos por medio de esta gozosa exclamación: «Usted por aquí; ¿de dónde viene?» Era nuestro amigo Takur Oulab-Lal-Sing, el cual, habiendo prometido unirse á nosotros en las provincias del noroeste, aparecía ahora en Bagh como caido de las nubes ó salido del seno de la tierra.

Pero mi desgraciado accidente y el lastimoso estado del resto de los intrépidos exploradores fueron bastantes á detener las demás preguntas y las expresiones de asombro. Por un lado, la asustada miss X arrimaba á mi acorchada nariz su frasco de sales volátiles; por otro, el «guerrero de Dios» cubierto de sangre como si volviera de una batalla contra los afghanes; más allá, el pobre Mulji con un formidable dolor de cabeza. Narayán y el coronel, felizmente para nosotros, no experimentaron más que un ligero vértigo. En cuanto al babu, ni siquiera el gas ácido carbónico fué capaz de hacer mella en su maravillosa natu-

raleza bengali. Dijo que se encontraba perfectamente bien de salud, pero con un hambre muy respetable.

Cesó al cabo la batahola de confusas exclamaciones é ininteligibles explicaciones, y reuniendo mis ideas traté de comprender lo que me había ocurrido en la cueva. Narayán fué el primero en advertir que me había desmayado y apresuradamente me arrastró hacia el pasadizo de bajada. En aquel momento oyeron la voz de Gulab-Sing, que desde la celda superior nos decía: «¿Tumhare iha aneka kya kam tha? (¿Qué es lo que os ha traído aquí?)» Antes que volviera de su asombro, ya se había él deslizado con presteza por entre ellos y bajado á la celda inferior, mandándoles desde allí que hicieran pasar la bai (hermana) adonde él estaba. Semejante «descenso» de un cuerpo tan sólido como lo era el mío y la descripción del procedimiento que adoptaron, del que me dí cuenta como si lo hubiera visto, hízome reir á carcajadas, sintiendo verdaderamente no haber podido presenciarlo. Una vez pasada la medio muerta carga del otro lado, diéronse prisa á reunirse con el takur, mas éste halló medio de obrar sin ayuda ajena, dejando á todos perplejos y sin acertar á comprender cómo pudo efectuarlo. En el tiempo que ellos empleaban en descender por un pasadizo, ya Gulab-Sing había alcanzado el próximo siguiente, á despecho del pesado fardo que llevaba, no logrando jamás ninguno llegar á tiempo de prestarle el menor auxilio. El coronel, cuya característica es la tendencia á examinar los detalles de todas las cosas, no podía concebir de qué procedimientos hubo de valerse el takur para pasar con tanta rapidez mi cuerpo, casi sin vida, á través de todos aquellos estrechos agujeros.

—No cabe en cabeza humana pensar que la haya lanzado por el pasadizo abajo sin estar antes él para recibirla; de lo contrario, no le quedaría á estas horas en su cuerpo hueso sano—cavilaba el coronel—. Pero es aún más imposible suponer que bajando él previamente, haya podido arrastrarla después hasta la celda inferior. Todo esto es sencillamente incomprensible.

Estuvieron dándole vueltas durante largo rato á este problema, hasta convencerse del parentesco bastante acentuado que le unía con este otro: «¿Cuál fué creado primero, el huevo ó el pájaro?»

En cuanto al takur, cuando se sentía muy estrechado á preguntas alzaba los hombros, diciendo que realmente no recordaba

con precisión; que hizo sencillamente lo que pudo para sacarme cuanto antes al aire libre, que todos nuestros compañeros de viaje estaban allí presentes para observar los procedimientos de que se valió, que permaneció todo el tiempo bajo sus miradas, y que en circunstancias graves, cuando un segundo es preciso, no se debe pensar, sino obrar.

Mas todas estas cuestiones no se suscitaron sino durante el transcurso del día. Otras cosas preocupaban á toda nuestra partida en el momento inmediatamente después que me tendieron abajo en el *verandah*; nadie se explicaba satisfactoriamente el hecho de haberse hallado el takur en el sitio preciso y cuando su ayuda era más necesaria, así como tampoco de dónde venía, ansiando todos por saberlo. Me encontraron en el *verandah*, extendida sobre un tapiz, con el takur ocupado en volverme del desmayo y miss X mirando al takur con ojos exageradamente abiertos; sin duda ninguna le creyó un fantasma materializado.

Sin embargo, las explicaciones dadas por nuestro amigo parecían perfectamente satisfactorias y al principio llegaron á convencernos. Se encontraba en Hardwar cuando Swâmi Dayânand nos envió la carta en que nos proponía ir á su encuentro. Al llegar al Kandua por el ferrocarril de Indore, visitó Holkar, y al tener noticia de que estábamos tan cerca, decidió unirse con nosotros antes de lo que se figuraba. Llegó á Bagh ayer por la tarde y enterado de que pensábamos salir para las cuevas por la mañana temprano, se adelantó á nosotros y estuvo sencillamente aguardándonos en ellas.

—He ahí todo el misterio—dijo el takur.

—¡Todo el misterio!—exclamó el coronel—. ¿Sabíais, pues, de antemano que íbamos á descubrir las celdas, ó qué?.

—No lo sabía. Se me ocurrió subir á las celdas simplemente porque había transcurrido ya mucho tiempo desde la última vez que las vi; en su examen invertí más de lo que yo esperaba y se me hizo demasiado tarde para recibir á ustedes á la entrada de las cuevas, según era mi deseo.

—Probablemente el takur-saib estaría gozando la frescura del aire en las celdas—insinuó el travieso babu mostrando al sonreir su blanca fila de dientes.

Nuestro presidente lanzó una enérgica exclamación.

—¡Justamente! Parece mentira que no se me haya ocurrido eso antes... Sabéis muy bien la imposibilidad de hallar aire res-

pirable más arriba de la celda en que tuvo lugar nuestro encuentro... Y á más de esto, ¿cómo os las arreglásteis para llegar á la quinta celda, cuando la cuarta estaba casi obstruída, teniendo nosotros que desembarazarla de obstáculos para poder subir?

—Hay otros pasadizos que también conducen á ellas. Conozco todas las vueltas y corredores de estas cuevas y cada cual escoge el camino que mejor le parece—respondió Gulab-Sing, y al mismo tiempo creí ver cruzarse una mirada de inteligencia entre él y Narayán—. Señores, vamos hacia la cueva donde nos tienen preparado el almuerzo. El aire fresco les hará mucho bien á todos.

En nuestro camino encontramos otra cueva, veinte ó treinta escalones por bajo del *verandah*, mas el takur nos prohibió entrar temiendo nuevos accidentes. Seguimos bajando por la escalera de piedra ya mencionada, en dirección á la base de la montaña, como unos doscientos peldaños; subimos de nuevo un corto trecho y entramos en lo que el babu dió el nombre de «comedor». En mi *rôle* de «inválida interesante», fuí llevada hasta el indicado sitio en mi silla plegable, que nunca olvido de llevar á todos mis viajes.

Este templo es, con mucha diferencia, el menos tenebroso de los dos, á pesar del considerable número de señales que muestran su decadencia. Los frescos del techo están mejor conservados que en el primer templo. Los muros, el techo, los derribados pilares y hasta el interior de las habitaciones, alumbradas por ventiladores tallados en la roca, se hallaban antiguamente recubiertos con un barnizado de estuco, cuyo secreto es conocido en la actualidad solamente por los madrasis, y que presta á las rocas la apariencia de mármol puro.

Salieron á recibirnos cuatro sirvientes del takur, á quienes recordamos de cuando nuestra estancia en Karli, los cuales nos saludaron inclinándose hasta el suelo. Los tapices estaban extendidos y el almuerzo listo. Todo rastro de ácido carbónico había desaparecido de nuestros cerebros y nos sentamos á comer en la mejor disposición de ánimo. Presto recayó la conversación sobre el Hardwar Mela, que nuestro amigo, tan inesperadamente recobrado, acababa de dejar hacia cabalmente cinco días. Resultó tan interesante todo lo que nos refirió Gulab-Lal-Sing, que prometo escribir sobre ello en la primera oportunidad.

Pocas semanas después visitamos Hardwar, y desde entonces

jamás mi memoria se ha cansado de recordar el pintoresco aspecto de su encantadora situación. No cabe imaginar nada que se aproxime tanto á una pintura primitiva del paraíso terrenal.

Cada duodécimo año, que los indios llaman *Kumbha,* entra el planeta Júpiter en la constelación de Aquarius, siendo considerado este suceso como muy propicio para dar comienzo á la feria religiosa; el día se fija de antemano por los astrólogos de las pagodas. Esta aglomeración atrae representantes de todas las sectas, como antes he dicho, desde príncipes y maharajas hasta el último fakir. Los primeros vienen con el fin de las discusiones religiosas; los últimos, nada más que á zambullirse en las aguas del Ganges en sus verdaderas fuentes, lo cual debe hacerse en ciertas horas propicias, fijadas también por la posición de las estrellas.

Ganges es un nombre inventado en Europa. Los naturales dicen siempre *Gangâ,* y consideran á este río como perteneciente al sexo femenino. Gangâ es sagrada á los ojos de los indos, porque es la más importante de todas las diosas que nutren á la comarca, é hija del viejo Himavat (Himalaya), de cuyo corazón mana para la salvación del pueblo. He ahí por qué es ella adorada y por qué la ciudad de Hardwar, construída en sus mismas fuentes, es tan sagrada.

Hardwar se escribe *Hari-dvâra,* puerta del dios-sol, ó Krishna, y también suele llamársela á menudo Gangâdvâra, puerta de Gangâ; todavía tiene un tercer nombre esta ciudad, cual es el de cierto asceta llamado *Kapela,* ó mejor *Kapila,* el cual buscó en otro tiempo salvación en este sitio, dejando muchas tradiciones milagrosas.

Está situada esta ciudad en un valle deliciosamente florido, al pie de la falda meridional del monte Sivalik y entre dos cadenas de montañas. En este valle, elevado 1.024 pies sobre el nivel del mar, la vegetación septentrional de los Himalayas lucha con la tropical de las llanuras, y en sus esfuerzos para sobresalir cada una de ellas sobre la otra, han creado el más delicioso entre todos los deliciosos rincones de la India. La misma ciudad es una gentil colección de palacios con torrecillas del más fantástico estilo, de antiguos vihâras, de rudas fortalezas pintadas de colores tan vivos que parecen juguetes, de pagodas con miradores y cimbrados balconcillos colgantes; y todo esto, alzándose sobre un tapiz tan espeso de rosas, dalias, áloes y các-

tus en flor, que apenas se puede diferenciar una puerta de una ventana. Los arranques graníticos de muchas casas están cimentados casi en el lecho mismo del río, de manera que durante cuatro meses del año se hallan medio cubiertos por las aguas. Y tras este conjunto de esparcidas casas, escalonándose en la ladera de la montaña, se destacan templos soberbios, blancos como la nieve. Algunos son bajos, con gruesos muros, anchas naves laterales y doradas cúpulas; otros se alzan en majestuosas torres de pisos múltiples; otros, aún, acaban sus techumbres graciosamente en punta, como agujas de una bella torre. Tan extraña y caprichosa es la arquitectura de estos templos, que en ninguna otra parte puede encontrarse nada que se le asemeje. Parece como si hubieran caído por arte mágico desde las altas y nevadas mansiones de los espíritus de la cordillera, quedando allí al abrigo de la madre montaña y contemplando tímidamente por encima de la pequeña ciudad extendida á sus pies, sus propias imágenes reflejadas en las puras y serenas aguas del río sagrado.

En este sitio no ha sido mancillado el Ganges todavía por las suciedades y los pecados de sus muchos millones de adoradores. Dejando á los devotos purificados en su helado abrazo, la virgen de las montañas arrastra sus ondas transparentes á través de las llanuras abrasadas del Indostán; solamente trescientas cuarenta y ocho millas más abajo, al atravesar Cawnpore, empiezan sus aguas á tornarse más densas y obscuras, y cuando llegan á Benares, se transforman en una especie de sopa de guisantes con pimienta.

(Continuará.)



Notas: Recortes: Prensa extranjera.

La desaparición del sol. Un astrónomo inglés que se dedica exclusivamente al estudio del sol, ha dado en Londres una interesante conferencia anunciando que el sol se empequeñece y extingue sencillamente.

La contracción del diámetro solar, según Sir Roberto Habt, es de 23 centímetros por siglo. Así, según los cálculos hechos, dentro de 86.000 años será una mitad de lo que es actualmente.

El mismo astrónomo llega á pronosticar que, andando el tiempo, el sol desaparecerá totalmente de nuestro sistema planetario.

Ocultismo popular. Con motivo de la última extracción de la lotería nacional, las prácticas populares de ocultismo (!) se han puesto de manifiesto en el pasado mes; he aquí una de las que da cuenta *El Liberal* del día 27 de Diciembre:

«El Sr. D. Aurelio Ruiz nos envía atenta carta que contiene una interesante historia del número 82, premiado con 50.000 pesetas en el sorteo de Navidad.

»A título de curiosidad la reproducimos.»

«Entre la clase baja de Montalbanejo (Cuenca) — nos dice poco más ó menos nuestro comunicante — hay la superstición de que cogiendo un lagarto con dos colas y colocándole en un cajón, en donde se ha extendido una capa de harina ó ceniza, el animal forma, al marchar en diferentes direcciones, un número, que «necesariamente» ha de resultar premiado en la lotería.

»Hará medio año próximamente, unos trabajadores de dicho pueblo vieron en el campo un lagarto con dos colas, dieron caza al portador de la fortuna, prepararon el cajón con una capa de ceniza, colocaron el bicho... y aguardaron con impaciencia el número de la suerte.

»Cuando á juicio de los circunstantes había pasado el tiempo suficiente para que estuviera hecho el número, sacaron el lagarto y se dedicaron á descifrar lo indescifrable.

»Después de larga discusión, convinieron todos en que el lagarto había tenido la bondad de marcar el número 82.

»Los buenos montalbanejenses pidieron á Madrid el billete número 82 para el primer sorteo. ¡Pero estaba abonado!

»Pasó el tiempo, y después de algunas gestiones estériles, á principios de Diciembre me escribieron rogándome que hiciera lo posible y hasta los imposibles por adquirir un décimo del 82 para Navidad.

»Hizo la casualidad que en una lotería de la calle de Fuen-

carral, que tiene dicho número, hubiera devuelto un décimo del mismo una persona que lleva abonados tres décimos.

»Lo compré, lo envié á Montalbanejo... y el tan buscado número 82 ha resultado premiado con 50.000 pesetas.

»¿Podrá convencer nadie á los afortunados — concluye diciendo nuestro comunicante—de que lo del lagarto es una mentira?»

Otra práctica no menos curiosa y conocida, como la de pasar el décimo adquirido por la espalda de un jorobado, se ha manifestado también, y todos los periódicos de Madrid han referido el resultado funesto que para un *practicante* tuvo una experiencia realizada en plena Puerta del Sol, sobre un jorobado de mal humor.

Dos hombres extraordinarios. En Viena está llamando la atención un individuo procedente, según se dice, de la India, llamado Agamaya, hombre extraño que ha viajado por casi todo el mundo. Posee grandes conocimientos del estado actual de la ciencia europea y no poca de la oriental, desde luego á la que da la primacía. Tiene excelente salud y no come más que vegetales. Entre las muchas experiencias que hace, la que más llama la atención es el hecho de pesar los movimientos del corazón en cuyos momentos se dice que lee los secretos del porvenir.

Este hecho no es, sin embargo, tan extraordinario como juzgan los periódicos vieneses. Por el propio esfuerzo de la voluntad se sabe que paralizaba las funciones cardiacas un célebre capitán norteamericano, que por cierto murió á consecuencia de lo repetido de sus experimentos.

Más extraordinario es, seguramente, el bachiller Vicente Orantes, en Guatemala, del que se dice que cura radicalmente el alcoholismo, la tuberculosis y algunas enfermedades infecciosas, todo ello por procedimientos *primitivos* é infantiles al parecer, pero de un éxito indudable si hemos de creer en lo que se dice.

Conversaciones teosóficas. Con este modesto título, nuestro querido amigo D. Tomás Dorestes, ha empezado durante el pasado Diciembre una serie de conferencias íntimas en el Ateneo de Madrid, verdaderamente interesantes. La proverbial

elocuencia de nuestro amigo, y lo sugestivo de su exposición, le han proporcionado un numeroso público que le insta cada vez más á proseguir sus eficaces enseñanzas.

Es muy meritoria la obra de nuestro amigo y sabe cuánto nos alegramos de que la prosiga. El elogio que podemos hacer de ella no habremos de estamparlo para no herir la modestia de tan excelente expositor.

Las curas de frutas y de uvas. El Dr. Scholz publica en la interesante revista bonaerense *Vida y Naturaleza* un curioso artículo sobre el empleo de las frutas como agentes terapéuticos, y á este propósito dice:

«El uso de las frutas es, en efecto, muy útil al hombre. El organismo humano tiene necesidad de cierta cantidad de sales minerales; suprimiéndolas, se verá bien pronto aparecer enfermedades de los nervios, de los músculos y de los huesos. Hasta aquí la terapéutica oficial sólo se preocupó de procurar hierro al cuerpo, descuidando completamente los demás productos. El análisis demuestra que la sangre encierra principios minerales tales como el fósforo, la cal, el azufre, etc.

»Todos estos cuerpos se encuentran también en las frutas y en las hortalizas. Hay pues razón de hacer el mayor uso posible de frutas, para conservar en buen estado la sangre, los músculos y los nervios. Por último, es un hecho de experiencia que el uso de las frutas facilita enormemente el trabajo intelectual.

»En resumen: el uso de las frutas está particularmente recomendado á los neurósicos y á los anémicos. No obstante, es necesario, para hacer uso de ella, disponer de un buen estómago y ciertas precauciones.»

Es claro que el procedimiento no puede recomendarse á todo el mundo, y el mismo autor apunta oportunamente que los diabéticos deben abstenerse del uso de las frutas.

Especificando, luego examina la cura de uvas exponiéndola como sigue:

«¿En qué consiste la cura de uvas? Consiste en ingerir diariamente una cantidad determinada de uvas, con el fin ya sea de fortificarse ó de adelgazar.

»La primera cura está indicada para las personas que son naturalmente débiles ó que han sufrido una grave enfermedad; en segundo lugar en los anémicos, y en tercer lugar en todos aque-

llos que han sufrido un desperdicio abundante; en fin, en todos aquellos que están atacados de algún catarro faríngeo, ó que están amenazados ó predispuestos á la tisis.»

El artículo termina, en fin, asegurando que para que la cura de uvas tenga todos estos efectos, es necesario seguir todas estas prescripciones, y se comprenderá fácilmente que no tendrá efecto en las personas que comen y beben demasiado.

Si se puede, se hará la cura donde están los viñedos, pero si no se puede, se hará en otra parte, dando preferencia á los lugares donde se puede asociar á una pequeña cura de agua, y entonces solamente el organismo podrá sacar provecho.

Una conferencia interesante. El secretario general de la Sociedad Teosófica francesa, el Dr. Th. Pascal, ha sido invitado por la Rama de Burdeos para dar en la sala del anfiteatro de la Escuela Profesional una conferencia sobre el tema «Cómo nos creamos nuestro destino». En el próximo número daremos cuenta de ella con la atención que ha de merecer seguramente.

R.



Á LOS LECTORES

Desde el próximo número empezaremos á publicar la interesante obra del místico español Miguel de Molina, *La Guia Espiritual*, obra agotada y ya rara en España, sobre la que llamamos la atención de nuestros lectores.

Es una curiosidad bibliográfica digna de tenerse en cuenta para la historia de la filosofía en España, y del misticismo transcendental.



BIBLIOGRAFÍA

H. Hoffding. *Bosquejo de una psicología basada en la experiencia.* — Trad. de Domingo Vaca.—Daniel Jorro, editor.—1 vol.

Esta obra notabilísima del ilustre filósofo dinamarqués es una buena adquisición para la *Biblioteca científico-filosófica* que con tanto esmero viene publicando el editor Sr. Jorro. Buena prueba de ello es que posteriormente ha sido publicada otra traducción por otra casa editorial.

El *Bosquejo de una psicología,* como con excesiva modestia lo llama su autor, es un libro que merece leerse y meditarse no poco, porque es de los pocos que realmente deben poseerse por los que sienten una inclinación irresistible por los estudios filosóficos. Es además una obra muy nueva, y en este respecto su utilidad es superior á cuanto pueda decirse.

La parte consagrada á la psicología del conocimiento es sobresaliente. El estilo general de la obra es elegante y clarísimo, estando completamente despojada de ese tecnicismo molesto con que algunos profesores suelen vestir sus enseñanzas haciéndolas poco menos que incomprensibles.

P. M.

* * *

Delboeuf. *El dormir y el soñar.* — Trad. de V. Colorado. — Daniel Jorro, editor. — 1 vol.

He aquí un libro que reviste relevante interés para los lectores de nuestra Revista por el asunto tan especial que estudia en él el famoso filósofo de Lieja.

Mr. Delboeuf es un materialista algo templado, ya que no acepta por completo los dogmatismos positivistas, pero que, sin embargo, concede una excesiva importancia á la materia verdaderamente bruta. El problema del sueño está muy bien tratado, desde el punto de vista occidental, y es una lástima que por desconocimiento ó por desdén, que no podemos creer, haya dejado de consignar la enseñanza oriental sobre el asunto.

Es recomendable la obra á pesar de esto, porque puede suplirse fácilmente este defecto por el lector y obtener así una buena enseñanza sobre el tema que ha servido al distinguido filósofo para hacer uno de sus libros más justamente elogiados.

R. U.

* * *

Isaac Muñoz. *Vida.*—Granada, 1904.

Se trata de una novela melancólica y triste, escrita acaso bajo un estado depresivo del espíritu. Hay en ella algunas ráfagas de arte, pero queda visiblemente falta de nervio y de la vida que quiere hacer resaltar su autor por algo que parece ser un *snobismo*. Es una lástima, porque el joven autor de esta producción revela una buena aptitud para mejores trabajos. Un poco de reposo en la producción y un cuidado más atento en el lenguaje, podrían haber hecho de esta obra lo que realmente se habría propuesto el Sr. Muñoz.

R. U.



Revistas recibidas:

TEOSÓFICAS

The Theosophist. INDIA. (*Adyar, Madras. The Teosophical Society.*)

The Theosophical Review LONDRES. (*T. P. S.* 3. Langham Place, W.)

The Vâhan. LONDRES. (*T. P. S.* 3, Langham Place. W.)

The New Century. CALIFORNIA. (San Diego. Point Loma.)

Der Vahan. LEIPZIG. (Körnerstr. 31 p.)

The Theosophic Messenger. Id. (S. Francisco de Cal. Room A., Fellows' Building.)

Thesophy in India. INDIA. (Indian Sec. Theos. Soc. *Benares.*)

The New Zealand Theosophical Magazine. N. ZELANDA. (Strand Arcade. Queen Street. Auckland.)

Theosóphia. AMSTERDAM. (Amsteldijk, 46.)

Theosophisch Maandblad. INDIA HOLANDESA. (Semerang-Drukkerj en Boekhandel.)

Revue theosophique française. PARÍS. (Rue Saint-Lazare, 10.)

Bulletin theosophique. PARÍS. (Avenue de La Bourdonnais, 59.)

Theosophischer Wegweiser. LEIPZIG. (Inselstr. 25.)

Teosofia. ROMA. (Corso Umberto I, 380.)

Dharma. VENEZUELA. *Caracas.* (Sur 5 núm. 84.)

Sophia. CHILE. *Santiago.* (Correo Casilla, 79.)

Theosophical Quarterly. NEW-YORK. (159, Warren Street-Brooklyn).

DE ORIENTALISMO

The Maha-Bodhi. INDIA. (2, Creek Row. *Calcutta.*)

Prabuddha Bharata. INDIA. (*Mayavati.* Kumaon. *Himalayas.*)

The Central hindu college. INDIA. (C. I. C. *Benarés.*)

DE INVESTIGACIONES PSICOLÓGICAS

Esphinge. Brasil. (Coritiba. Paraná.)
Revista spirita. Brasil. (Bahia.)
La Lumiere. París. (Rue Lafontaine, 96.)
Constancia. Buenos-Aires. (Tucuman, 1736.)
La Fraternidad. Buenos-Aires. (Victoria, 3325.)
Freya. Buenos-Aires. (Calle 27, núm. 215.)
Lumen. Tarrasa. (Pantano, 91.)
Luz y Unión. Barcelona. (Ferlandina, 20.)

VARIAS

Revue du Socialisme rational. París. (Rue Vauquein, 28.)
O Instituto. Portugal, Coimbra. (Imprensa da Universidade.)
Revista masónica. Buenos-Aires. (Calle Cuyo, 1131.)
La Revista Blanca. Madrid. (Cristóbal Bordíu, 1.)
A Revista. Portugal, Porto. (Rua S. Domingo, 95.)
Futuro. Montevideo. (Cámaras, 227.)



Artes Gráficas. J. Palacios, Arenal, 27.